

# LA POLITICA INTERNACIONAL EN EL SEGUNDO TRIMESTRE DE 1951

En lo que al conflicto coreano se refiere, el presente trimestre se nos aparece en su comienzo dominado por las dudas surgidas ante el cruce del paralelo y, luego, en su final, por la iniciación de gestiones de paz, y cuya iniciativa ha correspondido al delegado ruso en las Naciones Unidas, Jacob Malik. Si quisiéramos destacar la nota más acentuada de él, diríamos que ésta ha sido la del ascenso a primer plano del aspecto político del conflicto, paralelamente a la pérdida de interés de las operaciones militares. Jalones de este predominio de la cuestión política han sido, sucesivamente, la destitución del general Mac Arthur; las declaraciones ante las Comisiones de Relaciones Exteriores y Fuerzas Armadas del Senado de las figuras más representativas de la política norteamericana, con motivo de la encuesta provocada por aquella misma destitución; la necesidad de plantearse con claridad los objetivos de la contienda a un año fecha de su comienzo, y, en fin, las posibilidades que en el presente se ofrecen para un cese de las hostilidades, en relación con las cuales ya se quiso interpretar el repentino viaje del secretario de Defensa, Marshall, a la península asiática.

De haber prosperado la ofensiva comunista de primavera, forzando a las fuerzas aliadas a reducirse a una estrecha zona costera, a la manera que ocurrió hace un año, posiblemente nos encontraríamos ahora también en presencia de negociaciones de paz, si bien éstas serían de un signo contrario. Pero las dos fases en que se dividió esa ofensiva han fracasado frente a la resistencia de los ejércitos de las Naciones Unidas, los cuales han podido, por el contrario, llegar a rebasar el paralelo en su mayor parte hasta conquistar posiciones de gran valor, en tanto los chino-coreanos han sufrido cuantiosas pérdidas.

Considerando las operaciones militares que se han desarrollado en este trimestre, observamos que los avances de los ejércitos han carecido de aquella espectacularidad que, en su angustioso subir o bajar, concentraban la atención del mundo, atento a la difícil posición en que sucesivamente se encontraban uno y otro adversario. Ahora, el movimiento de fuelle ha continuado, pero con menor amplitud en las oscilaciones, de tal suerte que el forcejeo de los contendientes no se ha alejado demasiado de la línea hipotética del paralelo que, a fuerza de ser citado y contemplado, ha dejado de ser una mera creación cartográfica, para pasar a constituirse en una realidad que condiciona las operaciones militares en mayor medida que los macizos montañosos a los que tienen que plegarse los ejércitos.

La ofensiva de primavera a que acabamos de referirnos fué iniciada en la segunda quincena de abril. Ante su empuje, las fuerzas de las Naciones Unidas, que habían rebasado el paralelo, principalmente en todo el sector oriental, hubieron de retroceder. Las características con que dió comienzo esta ofensiva fueron iguales a las que en otras ocasiones anunciaron la inmediata acción en gran escala de los ejércitos comunistas. Sucesivos repliegues incitaron el progresivo avance de los suristas para conducirlos

a las posiciones estratégicas, desde las que fueron atacados por sorpresa. Logradas así las primeras roturas del frente, se generalizó la ofensiva mediante hábiles y rápidos desplazamientos de las formaciones atacantes, apoyadas esta vez por un considerable fuego de artillería y sin ser estorbados en exceso por la acción aérea norteamericana, que vió mermada sus posibilidades, también igual en anteriores ofensivas rojas, por causa del mal tiempo. De este modo cruzaron el río Injin, y concentraron sus ataques en los sectores oeste y centro, en dirección a Seul. Pero la cautela del general Van Fleet, al no seguir la estimulante retirada inicial, impidió que sus fuerzas se encontraran luego en la difícil situación de otras ocasiones, retirándose de manera ordenada y, lo que es más importante, facilitó la detención del ataque rojo, debilitado por una resistencia que le proporcionó cuantiosas pérdidas. De este modo, a los diez días de comenzada, finalizaba la primera fase de la ofensiva comunista de primavera, encontrándose las fuerzas de las Naciones Unidas en condiciones de poder volver a resistir la segunda, que no se hizo esperar mucho. Comenzada ésta los días 15 y 16 de mayo, no constituyó una sorpresa, aunque la hábil táctica desplegada por el ejército chino-coreano logró abrir brecha en el sector Este del frente, desbordando a las unidades aliadas y surcoreanas, en tanto que en el sector opuesto, la capital de Corea del Sur, se volvió a ver amenazada por la toma por los rojos de Uijongbu.

Sin embargo, el empuje de esta segunda fase de la ofensiva duró menos tiempo y la situación varió radicalmente al conseguir las fuerzas aliadas, a los cinco días, cubrir la brecha de Inje, en el sector Este, y contraatacar, obligando al ejército enemigo a replegarse. En el sector central cruzaron el paralelo al norte de Chunghon, y en el occidental atravesaron el río Imjin. Fracasada así la ofensiva de primavera, continuaron los aliados durante el mes de junio un lento avance, que ha llevado la mayoría del frente al norte del paralelo 38. El objetivo principal de esta contraofensiva era el llamado «triángulo de hierro», formado por Chorwon-Khumhwa-Pyongyang, en el sector central, y que, defendido por el sur por un acceso montañoso, constituía un fortificado bastión, desde el que los comunistas chinos hicieron partir sus anteriores ofensivas. A medida que las divisiones del VIII Ejército se acercaban a él, la resistencia que encontraban era mayor, lo que es explicable tanto por enfrentarse con una segunda línea de defensa del enemigo, como por el interés de éste de impedir que los norteamericanos pudieran llegar a dominar una región que les deparaba la posibilidad de poder resistir desde posiciones naturalmente sólidas los posteriores ataques que contra ellos pudieran lanzarse. Pero, pese a ello, las fuerzas norteamericanas entraron el 11 de junio en Khumhwa y Chorwon y desde allí partieron las columnas que el 15 entraban en Pyongyang. Después de lo cual, las pérdidas cuantiosas sufridas por los chino-coreanos, que les han obligado a un reajuste de sus unidades, de un lado, y de otro, el haber logrado los aliados esta aventajada situación, han hecho entrar el frente en una relativa calma y estabilidad.

Mas, como hemos dicho anteriormente, el aspecto político del conflicto es el que ha tomado un especial relieve. En efecto, el trimestre se inauguró estando planteado, una vez más, el problema del cruce del paralelo, problema ante el que se manifiesta la divergencia de puntos de vista de políticos y militares, y, sobre todo, que en la forma de ser abordado, ya que no solucionado, se descubre la divergencia de criterios existente en lo que al fin de la guerra se refiere. Este es, en fin de cuentas, el problema que allí se plantea. La idea de dominar por completo la península, borrando la arbitraria separación del paralelo, es algo que ha operado en ambos bandos contendientes. En los comunistas, porque desde que hace un año acometieron la agresión contra la Corea del Sur, era su intento poner toda la geografía coreana bajo el poder comunista. En los norteamericanos, porque la orden de intervención dada por Truman tuvo como finalidad restablecer la unidad peninsular bajo un régimen libre y democrático que anulara la posibilidad de nuevas agresiones. Y así es explicable el acuerdo de las Naciones Unidas por el que Mac Arthur fué autorizado implícitamente en septiembre del pasado año, y no explícitamente por el peso de ciertas divergencias diplomáticas, a avanzar al Norte del paralelo, con lo que el

asentimiento político vino a coincidir con las necesidades militares. Pero las viejas discusiones han suscitado este cruce cuantas veces se ha planteado a los norteamericanos, están ahora agravadas, a un año fecha del momento inicial del conflicto, por la serie de acontecimientos que han venido a complicar la situación, especialmente la intervención de la China de Pekín. El criterio de continuar la lucha hacia el Norte dominando la totalidad de la Corea comunista, puede ser un imperativo de las exigencias bélicas, pero es, desde luego, un corolario inevitable de la idea de unificar Corea. Por el contrario, la detención ante el tantas veces citado paralelo, no tiene sentido sino es como expresión del deseo de que las operaciones militares terminen y de que la paz sea restablecida sobre la base de volver al estado de cosas anterior a la agresión, lo cual equivale a la abdicación del propósito que llevó a las Naciones Unidas a su intervención. De estos dos criterios opuestos, el primero, parece desechado en absoluto, ante el temor de las complicaciones que pudiera traer. La ocupación de Corea del Norte equivale a avanzar hasta Manchuria, con el consiguiente peligro de tener que atacar las bases chinas del otro lado del Yalú, desde las que constantemente se alimentaría la resistencia comunista. La idea de que estos se opusieran y la degeneración del conflicto en una conflagración mundial, frena todo intento de proseguir la lucha. Descartado esto, ante el dilema del paralelo, sólo dos fuerzas operan. Una, es la representada por los políticos, que temen esa extensión del conflicto y desean darle fin con el restablecimiento del paralelo violado. El cruce del paralelo, se dice, es un asunto político que sólo debe ser abordado por las Naciones Unidas o por una consulta a los Gobiernos de las naciones que mantienen fuerzas combatientes en Corea, según las tesis francesa e inglesa, respectivamente.

Por otro lado, la fuerza representada por las exigencias militares, que se ha hecho sentir con la evidencia de los hechos. El paralelo, como nada tiene de extraño, no coincide en absoluto con una línea natural de defensa, con lo que el respeto del mismo por los ejércitos aliados, exigiría, como puso de manifiesto el general Mac Arthur, el mantenimiento de unos efectivos no inferiores a los demandados por una ocupación total de Corea. Lo que quiere decir que es imposible por absurdo frenar un avance ante el trazado de esta línea ideal, que tiene que ser rebasada, al menos, en la medida necesaria para encontrar los accidentes naturales que permitan una estabilización del frente desde la que se puedan resistir nuevas ofensivas chino-coreanas. Esto es lo que ha hecho el VIII Ejército, avanzando hasta ocupar el «triángulo de hierro».

Todo esto implica el preavalecimiento de la tesis de mantener militarmente el *statu quo* en las proporciones exigidas por las necesidades bélicas, en tanto se pueda llegar a una solución pacífica del conflicto.

Las consideraciones precedentes permiten, a nuestro juicio, interpretar los términos en que se encuentra hoy planteado el conflicto coreano, en el que parece haberse abierto un período de intentos pacificadores y relacionarlos con la destitución del general Mac Arthur. Tal es la situación que se ofrece a nuestros ojos en la Península de Corea al término del trimestre.

Como se recordará, el Presidente Truman destituyó de todos sus mandos al general Mac Arthur el día 11 de abril y nombró en su lugar al general Matthew Ridgway. La causa inmediata fueron las declaraciones del general del Pacífico, que, además de ser consideradas como una intromisión en la esfera política, estaban en contradicción con el criterio de la Casa Blanca y del Pentágono en relación con Corea. Además, los recelos de París y, muy especialmente, de Londres, ante esas declaraciones, han sido elementos de gran importancia en la destitución del general. La tesis de Mac Arthur sobre los acontecimientos coreanos en particular y los asiáticos en general, es perfectamente conocida. El ex Comandante en Jefe consideraba que lo que acaecía en Asia tenía tanta importancia o más que lo que tenía por escenario a Europa; que la batalla decisiva para Rusia se había de dar en Asia y que quizá esto evitaría a Europa el sufrimiento de una nueva guerra; y que, por lo mismo, habría que derrotar a la China comunista, sin que esto supusiera necesaria-

mente una nueva contienda mundial, sino más bien dar fin al juego hábil de Rusia que enfrentaba a los chinos y norteamericanos en una lucha de mutuo desgaste.

En la carta dirigida por Mac Arthur al republicano y miembro de la Cámara de Representantes, J. W. Martin, y que éste hizo pública el 4 de abril, se manifestaba el general contra la tendencia de los políticos a hacer la guerra con palabras, en tanto él había de hacerla con las armas, coartando de este modo la libertad de acción exigida por las necesidades militares, al propio tiempo que la situación del momento demandaba actuar directamente contra la China comunista.

La destitución del general Mac Arthur no puede ser considerada como un episodio de la lucha entre los partidos republicanos y demócratas, aunque no pueda ser desconocida la vinculación que con la misma tiene. Sus raíces son más hondas y se refieren de manera especial a dos formas distintas de enfocar la crisis mundial de la política internacional. El temor de una extensión del conflicto producida por la acción bélica contra la China comunista, caso de seguirse las orientaciones de Mac Arthur en relación con el Extremo Oriente, ha sido demasiado fuerte y explica la satisfacción con que los Gobiernos europeos han visto la medida tomada por el Presidente Truman. La encuesta abierta ante las Comisiones senatoriales, ante las que han declarado las figuras más representativas de los Estados Unidos, han puesto de relieve cómo ha sido este temor el móvil fundamental de la destitución. Se está ante un conflicto que no ha podido ser llevado a la solución deseada y se quiere evitar a toda costa que su extensión provoque una tercera guerra mundial. De aquí la solución del respeto al paralelo, condicionado de momento por las necesidades militares, y la búsqueda de una terminación pacífica. Pese a todo, no deja de ser curioso cómo al tiempo que tenían lugar las declaraciones de eminentes figuras acerca de la destitución del ex comandante en jefe, se tomaban ciertas medidas contra la China roja que están en la línea de las preconizadas por el general: así, la aprobación por la Comisión Política de la Asamblea General de las Naciones Unidas de medidas económicas contra China, o la vuelta a la actualidad de Formosa, al ser enviada allí una misión militar norteamericana, que supone su inclusión en la línea de defensa del Pacífico, y, sobre todo, la búsqueda de una terminación de las hostilidades parlamentando con el enemigo.

La consideración de lo que representa la aceptación del restablecimiento del *statu quo* como solución de la crisis coreana, excede los propósitos de esta crónica. Sólo nos interesa señalar que con ella no se soluciona nada, los fines de la intervención de las Naciones Unidas se frustran y el agresor encuentra confirmada la situación en que se apoyó para dar nacimiento a la agresión.

Lo cierto es que después de un año del comienzo de esta guerra ingrata, ambos bandos contendientes han llegado a la conclusión de la imposibilidad de llevar a sus respectivos ejércitos hasta la meta de una victoria sobre el adversario.

Cuando ha sido claro el deseo de hacer cesar la contienda, cuando la fatiga ha dominado sobre el campo de batalla, ha sido Rusia la que por boca de su representante en las Naciones Unidas, Jacob Malik, ha manifestado que podrían abrirse negociaciones con el fin de poner término a las hostilidades. Como ha puesto de relieve un comentarista internacional del *Journal de Genève*, Malik es el diplomático que Rusia utiliza para dar a conocer sus deseos de conciliación. Así ocurrió en abril de 1949, cuando se planteó la liquidación del espinoso conflicto provocado por el bloqueo de Berlín. En todo caso no deja de ser bien significativo que la proposición de negociaciones haya partido de Rusia, país que, aunque proyecta su sombra sobre el conflicto, no es uno de los complicados en la contienda, tal como la China de Pekín o Corea del Norte. En cuanto a los móviles que han podido determinar a Rusia a dar este paso, quizá no puedan ser determinados en todo su alcance, pero parece evidente que no han dejado de operar las cuantiosas pérdidas sufridas por los chinos, la superioridad aérea demostrada por los norteamericanos y la presencia en la proximidad de la frontera siberiana de un ejército cada vez más poderoso y entrenado.

Lo que es más de destacar de la proposición rusa es que su contenido no difiere sustancialmente de la proposición hecha hace meses por las Naciones Unidas al Gobierno chino. La China de Mao condicionaba la terminación del conflicto de Corea al abandono de Formosa por los norteamericanos y a su admisión en la O. N. U., además de no aceptar el cese de las hostilidades sino después de haberse iniciado las negociaciones. Nada de esto subsiste ahora, limitándose a un armisticio militar que facilite las conversaciones; el fin que los rusos quieren alcanzar ahora es el restablecimiento de la situación anterior al comienzo de las hostilidades.

La forma en que estas negociaciones se han de llevar a cabo y lo que de ellas haya de venir, ya se verá en el curso del mes de julio. Baste consignar aquí que el último día del mes de junio el general Ridgway dirigió un mensaje a los norcoreanos pidiéndoles designar un plenipotenciario encargado de negociar el armisticio. Para evitar susceptibilidades, el encuentro tendría lugar en un barco hospital danés situado en la bahía de Wonsan, ocupada por los comunistas. En cuanto a las condiciones, éstas habían de ser fundamentalmente dos: creación de una zona de seguridad hasta 38 kilómetros al norte del paralelo, y designación de un Comité de las Naciones Unidas autorizado a circular libremente y comprobar el cumplimiento de los términos del armisticio.

\* \* \*

Al comienzo de su declaración ante las Comisiones senatoriales que han investigado la destitución de Mac Arthur, dijo el secretario de Defensa, Marshall, que el mundo libre está ganando tiempo en tanto aumenta su poder para poder hacer frente en cualquier parte a la amenaza comunista.

En efecto, la tensión internacional en el momento presente está mantenida por la necesidad de que no se pierda nada del tiempo que exige la preparación para la defensa de toda posible agresión. El esfuerzo norteamericano para rearmarse y rearmar al llamado mundo libre es un ejemplo, quizá el más notable, que encuentra su expresión en el gigantesco presupuesto de Defensa presentado por Truman al Congreso y que rebasa la cifra de los 60.000 millones de dólares, lo mismo que en el que luego envió sobre ayuda al exterior, cifrado en 8.500 millones, y en el que se han incluido conjuntamente los programas de ayuda económica (Plan Marshall), el de ayuda militar (Plan Truman) y el de ayuda a los países económicamente pobres (punto IV).

En la misma línea del rearme americano están los preparativos de defensa del Pacto del Atlántico, desde la reunión de los Doce, celebrada en Londres, hasta el reciente viaje del general Bradley, pasando por el que a comienzos de año hizo el comandante en jefe de las fuerzas atlánticas, general Eisenhower.

También es necesario interpretar la Conferencia de los Auxiliares, celebrada en el Palacio Rosa, de París, en relación con esta política de esperar ganando tiempo. A lo largo de todo el trimestre se han continuado estas infructuosas discusiones y ha llegado a su fin después de meses, en los que no se ha podido concretar la agenda de la próxima Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores, único fin al que tenía que haber servido.

En nuestra crónica anterior ya hicimos mención de las dos tendencias que se han opuesto y de la inutilidad de los esfuerzos hechos por los occidentales para llegar a una determinación de los puntos a tratar posteriormente. Rusia ha ido con el claro propósito de dividir a los países occidentales, metiendo una cuña en las cuestiones en que existen divergencias entre ellos, al mismo tiempo que pretendía obstaculizar los preparativos de defensa que ha puesto en movimiento el Occidente. Al servicio de estos dos objetivos, Gromyko ha exhibido una vez más la acostumbrada oratoria acusadora y los rápidos cambios de orientación, haciendo sucederse súbitamente la intransigencia y la conciliación.

Para los occidentales, sin embargo, lo importante es que no se detengan los preparativos de defensa, que su política de ganar tiempo no sufra un alto peligroso y

por eso la Conferencia ha sido mantenida en el círculo vicioso de unas conversaciones que no conducían a un resultado positivo. El delegado norteamericano, Jessup, así lo ha puesto de manifiesto al decir que la continuación de la Conferencia de París no sería nociva en tanto no paralizara las medidas de defensa, al propio tiempo que mantenía las diferencias internacionales en el terreno de la polémica.

Gromyko ha querido provocar esa paralización al intentar traer a las discusiones de la Conferencia de Auxiliares la cuestión del Pacto del Atlántico, a la que de ninguna manera están dispuestos los occidentales. Esta ha determinado la nota conjunta de los tres ministros de Asuntos Exteriores a Moscú, en la que, queriendo saltar por encima del punto muerto a que con tal motivo había sido conducida la Conferencia, se proponía una Conferencia de los cuatro ministros, a celebrar en Washington en el próximo 23 de julio, con arreglo a tres órdenes del día, de las cuales Rusia podía escoger la que había de servir de temario de la misma Conferencia. Venía a ser una instancia dirigida a los Gobiernos, en la esperanza de poder así dar un nuevo giro a las fracasadas conversaciones de sus delegados en París. En las tres órdenes del día se incluía la cuestión de la desmilitarización de Alemania, exigida al principio por Rusia, pero no se hacía mención alguna de la cuestión del Pacto del Atlántico. La contestación de Moscú es aceptación y negación a un tiempo, puesto que si no rechaza la celebración de la Conferencia de Washington la hace depender de la condición de que se incluya en ella lo relativo al Pacto del Atlántico y a las bases norteamericanas en Europa. Los occidentales han considerado la respuesta como una repudiación de la Conferencia, pese a que proponen a Rusia que acuda a ella sin establecer un formalismo previo, de tal modo que en el curso de la misma pueda referirse tanto al Pacto del Atlántico como a las bases norteamericanas en Europa, si bien no imponiendo ambas cuestiones como puntos del temario.

Se desea, por consiguiente, insistir en las conversaciones mientras todo el aparato de defensa puesto en marcha no sufra detención. La cuestión sería saber con cuál de los dos sectores en que el mundo se ve dividido colabora más el tiempo, como ha puesto de relieve el general Bradley en sus declaraciones ante las Comisiones senatoriales norteamericanas: «El tiempo no trabaja para los occidentales como se cree. Aun suponiendo que nuestros aliados europeos intensificaran su rearme, la U. R. S. S. también lo está haciendo con un ritmo más rápido.»

Dentro del cuadro de los asuntos europeos, no pueden dejar de ser considerados los avances experimentados por la realización del Plan Schuman, que ha dejado de ser una mera idea de unificación, planeada sobre la mesa de reuniones de los delegados de los seis países que lo forman, para pasar a constituir una realidad internacional de notable importancia en los campos económico, político y jurídico. Francia, Alemania occidental, Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo han firmado el acuerdo provisional sobre el Plan Schuman, por el cual se constituye la unidad económica de la producción del carbón y del acero de los países signatarios. Además de la enorme importancia económica de este Plan (y para hacerse cargo de ello es suficiente señalar que controlará casi la cuarta parte de la producción total de acero de los grandes países siderúrgicos), está su importancia política, como paso inicial en la realización de una auténtica unidad entre las naciones europeas, y muy especialmente entre Francia y Alemania.

Firmado el acuerdo provisional en el mes de marzo, faltaban aún dos trámites para lograr su plena efectividad: la firma por los seis ministros de Asuntos Exteriores del acuerdo sobre el Plan y su ratificación por los Parlamentos de los distintos países. De estos dos trámites, el primero ya se ha cumplido, y con la firma de los seis ministros se han precisado algunos puntos no concretados en la firma del acuerdo provisional. Así, el número de los miembros que componen la Alta Autoridad supranacional que ha de dirigir el Pool de las industrias carbonera y siderúrgica, la composición de la Asamblea parlamentaria y el sistema de votación en el Consejo de Ministros de las seis naciones firmantes.

La ratificación por los Parlamentos respectivos no dejará de presentar algunas dificultades por los intereses afectados que en ellos harán pesar su influencia. Se ha

hablado a este respecto de los industriales franceses y de los socialistas alemanes. Pero, pese a ello, sería extraño que vencida esta etapa inicial, se viera fracasar por obra de los intereses actuantes en las decisiones parlamentarias la realización completa de este Plan, de tan gran importancia para la unidad europea.

\* \* \*

La actualidad internacional ha visto atraída su atención durante este segundo trimestre del año por los acontecimientos desarrollados en el Oriente Medio. Toda esta zona vital, así como la del Mediterráneo, fueron ya elevadas a un primer plano del momento internacional presente por los occidentales al plantearse éstos el problema de su defensa y de la posible incorporación del Mediterráneo al Pacto del Atlántico, según la tesis norteamericana, de la constitución de un pacto defensivo propio, como quiere Inglaterra.

Por otra parte, los encuentros fronterizos registrados entre Siria e Israel durante los meses de marzo y abril dieron lugar a que el Consejo de Seguridad acordara la intervención en el conflicto, al mismo tiempo que el Consejo de la Liga Árabe decidía aplicar el Pacto de Seguridad colectiva que une, si bien más teórica que prácticamente, a los siete países que forman la Liga.

Sin embargo, los acontecimientos más graves suscitados en esa zona sensible y compleja del Oriente Medio han sido los registrados en Persia con ocasión de las tendencias nacionalizadoras del petróleo manifestadas por el Gobierno de aquel país y alimentadas por la efervescencia popular, y a las que, naturalmente, se ha opuesto el Gobierno de la Gran Bretaña, que ve peligrar sus intereses políticos y económicos.

Aprobada la nacionalización por la Cámara Popular y por el Senado los días 15 y 20 de marzo, respectivamente, se promovieron una serie de desórdenes por no haber accedido la Anglo-Iranian a las reclamaciones laborales de que era objeto por parte de los obreros y que determinaron la huelga de éstas y la declaración del estado de guerra. De nada sirvieron el nombramiento por parte del Gobierno persa de una Comisión especial que dirimiese la disputa entre los obreros y la Compañía, ni el llamamiento dirigido por esta última a los obreros en el sentido de abrir una serie de negociaciones con una delegación designada por ellos. Las huelgas se extendieron y hubo de decretarse de nuevo el 13 de abril el estado de guerra, que había sido levantado el día 8.

Las declaraciones hechas por el ministro inglés Herbert Morrison en la Cámara de los Comunes el 14 del mismo mes indicaron bien claramente cuál era la actitud que Inglaterra estaba dispuesta a mantener para la defensa de sus intereses en la zona de Abadan. Y como en esas mismas declaraciones se hacía alusión al envío de fuerzas si, llegado el caso, la defensa de aquellos intereses lo requiriera, el Gobierno persa se apresuró a desplazar a la zona petrolífera algunos trenes con tropas y material.

El aspecto laboral que tomó el conflicto en su comienzo no es sino una manifestación accidental del mismo, en la que se hizo expresa la posición favorable a la nacionalización del elemento popular persa, permeable en sumo grado a las influencias de los agitadores comunistas, cuya presencia ha sido denunciada y comentada desde el primer momento, y que tienen como objetivos concretos dar al conflicto el carácter de una reivindicación nacional de amplia base popular, de un lado y, de otro, enturbiar el ambiente de manera suficiente para que toda negociación fracase.

Sin embargo, el Gobierno persa, aunque apoyado y estimulado por este movimiento popular, ha adoptado desde el principio la actitud de asumir la responsabilidad de la nacionalización, sin que pueda ser juzgado como que es arrastrado por el pueblo.

Así, el 27 de abril se confió a una Comisión de parlamentarios el plan de incautación, plan que fué aprobado por el *Meglis* o Cámara popular, al tiempo que instaba la mayor rapidez en el embargo de las instalaciones de la A. I. O. C. Para estudiar las reclamaciones que pudieran suscitarse por parte de la Compañía expropiada, se pedía la formación de una Comisión mixta de elementos gubernativos y

parlamentarios. El primer ministro, Hussein Ala, dimitió con esa misma fecha, por estimar que el Gobierno que adoptaba estas medidas tenía que ser expresión de la totalidad de los sectores de la población, aunque en su decisión operó también el fracaso de las medidas tomadas por él para mantener la tranquilidad del país. Esto dió lugar a la formación de un Gobierno de concentración nacional, formado el 30 de abril bajo la presidencia del doctor Mohamed Mussadeq, jefe del partido nacionalista *Frente Nacional*. El 3 de mayo firmaba el Shah la ley que con carácter definitivo dispone la nacionalización del petróleo y la incautación de las instalaciones de la Anglo-Iranian.

Los puntos concretos del propósito del Gobierno persa se encuentran precisados en la declaración de 18 de mayo hecha por el embajador de este país en Washington, en la que, al decir que la nacionalización se llevaría a cabo según la información dada por el primer ministro, Mussadeq, señaló que no se intentaba la confiscación de las instalaciones, sino pagarlas; que la explotación continuaría, para lo que se darían seguridades, y que se deseaba asegurar la colaboración norteamericana para prevenir el entorpecimiento que pudiera producirse con la salida del personal técnico inglés.

Por su parte, el Gobierno inglés hizo entrega el 19 de mayo al de Teherán, por medio de su embajador en esta capital, en la que se hacía constar que la actitud de la Gran Bretaña no suponía una limitación de los derechos soberanos de Persia, sino que era ésta la que con su acción unilateral no hacía uso legítimo de los mismos. Además, la nota destacaba que el acuerdo de 1933 constituía un contrato entre el Gobierno persa y una *Compañía de otro país, bajo los auspicios de la Sociedad de las Naciones*, y que en tal acuerdo existían dos estipulaciones de acuerdo con las que la *Compañía* no sería variada por la acción unilateral del Gobierno persa y sólo por acuerdo con la misma *Compañía* (art. 21), y que, en el supuesto de haber alguna reclamación contra la *Compañía* o viceversa, la disputa sería dirimida por un Tribunal de Arbitraje o, en su defecto, por el Tribunal Permanente de Justicia Internacional de La Haya.

Como los intereses que se encuentran afectados por el intento de nacionalización persa son ingleses, los Estados Unidos se han encontrado lo suficientemente libres para adoptar la posición de mediadores en el conflicto. Uno de los efectos más favorables de la gestión moderadora emprendida por la República norteamericana es el de impedir, al presentarse defendiendo a Inglaterra de la acción unilateral de Teherán, los manejos de Rusia para explotar las diferencias económicas existentes entre ambos países occidentales. La intervención de los Estados Unidos tiende a evitar que, en los difíciles momentos presentes, cuando una tregua parece poder poner fin al conflicto coreano, se suscite, siempre en la periferia de los inmensos dominios soviéticos, un nuevo chispazo que amenace la paz mundial. La posición geográfica del Oriente Medio y la importancia del papel que juega el petróleo en la economía de los países occidentales y, especialmente, en los planes defensivos de los países atlánticos, justifican sobradamente la preocupación norteamericana y su deseo de que, haciendo sentir el peso de su posición preeminente en el plano internacional, se llegue a una solución satisfactoria por ambas partes, aun a costa de mutuas concesiones. Porque los Estados Unidos no ignoran la aspiración de Moscú a controlar la poderosa riqueza de los pozos petrolíferos de toda esta zona, tanto de los de la A. I. O. C. como de los situados en las fronteras turquestana y del mar Caspio.

Por eso ha aconsejado a Inglaterra ceder todo lo posible al sentimiento nacional persa, para hacer perder fuerza a la intransigencia de Teherán y evitar que el petróleo persa deje de estar al servicio de los países del grupo atlántico. Con respecto a Teherán, Washington ha prometido acceder a la concesión de los fondos que son necesarios para financiar la nacionalización y la realización del plan septenal persa.

La mediación de los Estados Unidos ha alcanzado su máxima expresión en el mensaje dirigido por Truman a Londres y Teherán, en vista de la tensión existente. La intransigencia persa, sin embargo, que descansa principalmente en la argumentación de que la cuestión no se debe ventilar entre los dos Gobiernos en cuestión, sino entre el persa y la *Compañía*, llegó hasta lanzar en los últimos días de mayo



un ultimatum a la Anglo-Iranian para que en el plazo de siete días designase sus representantes para discutir el asunto de las incautaciones. Esto determinó que el Gobierno británico y la A. I. O. C. elevaran simultánea e independientemente la disputa al Tribunal Internacional de La Haya, sin que por eso, según declaración del ministro Herbert Morrison en la Cámara de los Comunes, dejara el Gobierno inglés de preferir la negociación directa, para la que estaba dispuesto a enviar a Teherán una misión especial.

No obstante, fué el mensaje personal del Presidente Truman el que abrió un breve período de negociaciones, y el 17 de junio se establecieron los primeros contactos entre los representantes del Gobierno persa y los miembros de la Compañía Anglo-Iranian desplazados a Teherán. Lo difícil de las negociaciones se pone de relieve si consideramos no sólo la protesta de Persia de llevar a cabo en todo caso la nacionalización del petróleo, sino además la insistencia en negarse a considerar a los representantes de la A. I. O. C. como representantes también del Gobierno de su país. La discrepancia jurídica fundamental entre ambas partes reside en el hecho de que el Gobierno persa considera los acuerdos entre la A. I. O. C. y el Estado iraní como meras concesiones voluntarias, en tanto Londres mantiene su carácter de Tratados entre países soberanos.

Nada puede sorprender, ante las diferencias existentes, que las negociaciones fracasaran precipitadamente por causa de la orden dada el 20 de junio por el Gobierno persa de proceder sin dilación a la incautación de las instalaciones de la Anglo-Iranian.

Si, al tiempo de terminar el trimestre, queda alguna esperanza de llegarse a mutuas concesiones, ésta nace de que el Gobierno persa ha demostrado últimamente no ignorar las consecuencias que podría traerle su propia actitud, forzando a la salida de los numerosos técnicos ingleses y provocando un grave colapso en la explotación petrolífera. De aquí su intento de atraerse la colaboración de los Estados Unidos, que podría asegurarle la sustitución del personal técnico inglés por el norteamericano y el refinamiento y distribución del petróleo. Ante esta dificultad, Rusia juega el papel de ofrecer sus técnicos a Teherán y éste es todo el significado que encierran las manifestaciones callejeras que tuvieron lugar en esta capital el 30 de junio, reclamando la sustitución de los técnicos ingleses por los soviéticos.

Más, ante el esforzado empeño por parte de Persia de proceder a la nacionalización y a eliminar toda influencia exterior en el país, no parece posible que puedan prevalecer los argumentos de tipo económico.

FERNANDO MURILLO RUBIERA

